

mitirlo. Así, su contestación es esta: «No busques culpables, pero castiga á aquellos que por acto público ultrajen los altares de la patria.»

Este sentimiento era tan profundamente romano que dos consulares de condición muy pacífica se expresan sobre este punto de la misma manera á tres siglos de distancia. «Nadie, dice Cicerón, tenga dioses particulares; nadie introduzca dioses nuevos ó extraños, si no se han admitido por autoridad pública.» Y en el reinado de Alejandro Severo, Dion Casio hacía que Mecenas recomendará á Augusto la necesidad de castigar á los adoradores de los dioses falsos.

Ordenes semejantes provocadas por semejantes hechos llegarían también á otros gobiernos, pues lo que sucedía en Bitinia debió pasar igualmente en otras provincias, y aun con más rigor allí donde hubiera gobernadores menos humanos y gentes más levantiscas que creían vengar á sus dioses gritando en el anfiteatro: «¡A las fieras los cristianos!» Así la tradición de la Iglesia pone bajo este reinado los martirios de San Ignacio, obispo de Antioquía, y de San Simeón, obispo de Jerusalén, martirios que no referimos porque la historia interior de la Iglesia no puede entrar en el cuadro de esta historia general del imperio (1).

Las dos cartas que acaban de citarse dan luz sobre muchos puntos. Nacido Plinio en el reinado de Nerón, antes del incendio de Roma, abogado, jurisconsulto, senador y consular mezclado en toda la vida política de su tiempo, sabía muy mal, cuando llegó á Bitinia, lo que era un cristiano; lo cual prueba que aun no había habido contra ellos ninguna información jurídica, decisión solemne ni persecución general (2). Los castiga porque los considera en pugna contra la religión del imperio, despreciando sus dioses; contra la ley civil, congregándose en asociaciones ilícitas; contra la autoridad proconsular, negándole la debida obediencia.

Y sin embargo, muestra la sencillez de su fe, la pureza de su vida, las agapas fraternales, aquellos cantos piadosos que eran entonces todo su culto, y el carácter fundamental de la religión de los pobres, que admitía en el sacerdocio, ó á lo menos en los honores de la naciente Iglesia á dos

(1) Hay por otra parte grandes dudas á propósito de las Actas de San Ignacio, que al parecer se redactaron muy tarde; según Uhlhorn, en el siglo sexto, y la autenticidad de sus *Cartas* se presta á muchas disputas, porque suponen una organización jerárquica que no existía aún y combaten doctrinas (el gnosticismo y el docetismo) que no habiéndose formulado exactamente hasta más tarde, no podían parecerle un peligro tan grande como lo presenta. En cuanto al martirio de Simeón, se coloca en el año 105 por la *Crónica Paschale* y por la de Eusebio, y en 107 por San Jerónimo. La condenación de este santo obispo por el procurador de Siria habría pues precedido muchos años á la llegada de Plinio á Bitinia. Según la *Crónica Paschale* fué condenado como cristiano, pero también como descendiente de David; lo que hace creer que la fermentación que produjo la guerra de 117 comenzaba acaso á dejarse sentir.

(2) Hemos visto en otro lugar lo que fué la persecución legal del poder de Nerón; en tiempo de Domiciano hubo condenación legal de algunos ciudadanos que no perteneciendo á la nación judía, *judataban*, es decir renegaban de la religión nacional: las palabras de Plinio prueban que entre estos judaizantes se comprendía á los cristianos, puesto que condenó á algunos antes de recibir la contestación de Trajano. Este príncipe fué el primero que favorecía á los sectarios de las demás religiones extrañas; pero no permitió las pesquisas, la inquisición, *inquisitio*; castigaba la *manifestación pública*, que era por esto solo, una pública rebelión contra la ley y los magistrados: por eso hubo muy pocos mártires hasta la gran persecución de Decio (Orígenes, *Adv. Cels.* III, 8). Ni aun entonces la Iglesia, tan floreciente en Alejandría, tuvo más que 17 mártires, once hombres y seis mujeres (Eusebio, *Hist. Eccl.* VI, 41) y casi siempre se pudieron recoger los restos de las víctimas.

jóvenes esclavas. Y era que él y ellos habitaban en espíritus diferentes mundos diferentes, y con hablar la misma lengua, no podían entenderse.

Así, pues, estoy cierto de que Trajano, el riguroso custodio de la disciplina militar y civil, enviaba al suplicio á un cristiano sin más vacilación ni remordimiento que si se hubiera tratado de un soldado refractario ó de un esclavo fugitivo (3). Estas crueldades nos sublevan y tales violaciones de los derechos de la conciencia nos indignan; pero hay que reconocer que los contemporáneos de Trajano pensaban como él y no podían pensar de otra manera; que para ellos, los cristianos no eran más que rebeldes, y que, en efecto, aquellos hombres que se alzaban en pugna contra la antigua sociedad eran los más grandes revolucionarios que hasta entonces hubiera visto el mundo. Nosotros estamos con ellos contra sus perseguidores; pero con la dolorosa obligación de decir que tuvieron la suerte de todos los reformadores, la que ellos mismos impusieron después á cuantos intentaron reemplazar la antigua ley con otra nueva (4). ¿Hace mucho tiempo acaso que obrar como los cristianos de Plinio, con otras ideas, no expone al mismo peligro? ¡Ah! ¡cuán lentamente llega la justicia, y cuán difícilmente camina el hombre en la vía de su liberación!

Trajano, que inscribe en el código penal de Roma un nuevo crimen, el crimen de *cristianizar*, de hacerse cristiano, intenta al mismo tiempo fortalecer y asegurar á los dioses del Olimpo en sus quebrantados altares. En una larga inscripción recién descubierta, tenemos la prueba de su solicitud para devolver á los antiguos dioses sus honores y á una vieja institución religiosa su autoridad y prestigio. En tiempo de Estrabón, era Delfos muy pobre, bien que el dominio del templo fuera riquísimo, puesto que un solo de sus bosques de olivares, que se extendía por una de las estribaciones del Parnaso, da ahora una renta anual de 70,000 dracmas, ó sean 280,000 reales poco más ó menos. Pero este dominio hubo de ser por todas partes invadido por las ciudades del contorno, á pesar de un solemne juicio de los anficiones, que, noventa años antes de nuestra era, habían fijado sus límites.

En su virtud, encargó Trajano á uno de los grandes personajes del imperio que hiciera respetar como ley soberana é inviolable el juicio ó sentencia de los anficiones, devolviendo al dios sus bienes y restableciendo en su lugar los veintiséis mojones ó límites sagrados (5).

¿Era celo religioso por su parte? De ninguna manera: Apolo y sus cofrades divinos le eran del todo indiferentes; pero á ejemplo de Augusto y de Vespasiano, consideraba

(3) El número de condenados debió de ser muy escaso, pues ni Tertuliano (*Apol.* V), ni Melitón (Eusebio, *Hist. Eccl.* IV, 26), ni Lactancio (*de Morte persecutorum*, cap. III), cuentan á Trajano entre los perseguidores. Desde Domiciano, dice Lactancio (*Ibid.*), hasta Decio, *multi ac boni principes Romani imperii clavum regimengue tenuerunt*. Las inscripciones cristianas que se remontan con certeza al siglo tercero, es decir á un siglo después de Trajano, son aún muy raras (*Mem. de la Acad. de las Inscrip.* 1867, pág. 168). M. de Rossi data una de 107 y otra de 110 (*Inscrip. crist.*, ant. 2 y 3).

(4) Tertuliano dice expresamente: *Sacrilegii et majestatis rei conveniuntur. Summa hac causa, imo tota est (Apol. X)*. Hay que añadir que la ley de lesa majestad no solamente arrastraba la pena de muerte, sino también la tortura (Paulo, *Sent.* V, 29, § 2). Por lo demás, bien comprendía Tertuliano que estas dos sociedades eran absolutamente incompatibles. «Los emperadores, dice, habrían creído en Cristo, si los Césares no hubieran sido necesarios en el mundo, ó si se hubiera podido ser al mismo tiempo cristiano y César... *Si aut Cæsares non essent saculo necessari, aut si et christiani potuissent esse Cæsares*» (*Apol.* XXI).

(5) Wescher, *Mém. des Sav. étr. de l'Acad. des inscrip.*, págs. 54 y siguientes y C. I. L., tomo III, núm. 566.

la religión oficial como una necesidad de orden público. Trajano era un conservador extremado, pero hemos de reconocer que no podía ser otra cosa.

III.—GUERRA PÁRTICA.

Si se exceptúan las medidas contra los cristianos, Trajano desempeñó bien su papel de señor del mundo romano. La inmensa máquina gubernamental, tantas veces descompuesta por las intrigas, las conspiraciones, la guerra civil, marchaba regularmente, otra vez montada, con tres fuerzas, buenas en todo tiempo: el orden en las ciudades, la justicia en la administración, y el respeto á la ley en los súbditos y en el que la representaba.

Al cabo de algunos años, creyó Trajano haber ganado, con sus procedimientos pacíficos, el derecho de volver á sus gustos militares y rejuvenecer sus triunfos dácicos con nuevas victorias. Llegaba ya la vejez, pues tenía cincuenta y nueve años, y acaso sesenta y dos, y si no tomaba entonces las armas, no las tomaría ya nunca, quedando así limitada su gloria á haber forzado ciudades de madera y batido pueblos acostumbrados á huir ante simples legados. La Bretaña era un teatro demasiado pequeño, bueno para Claudio; los germanos no daban ningún pretexto de guerra; la Dacia se latinizaba pacíficamente, y desde las montañas de la Caledonia hasta las orillas del Euxino, no se ofrecía un campo de batalla donde pudiera realizarse ninguna hazaña ruidosa. En la orilla meridional del Mediterráneo, había alcanzado el imperio, desde las cataratas del Siene hasta el estrecho de Hércules, una frontera infranqueable, el desierto: nada pues había que hacer en Africa ni en Europa.

Quedaba el Asia. Por esta parte bien podía encontrarse lo que la historia complaciente llama grandes cosas, como por ejemplo, hacer de la Armenia un puesto avanzado contra la barbarie asiática, como lo era la Dacia contra la barbarie europea; domar el Eufrates y el Tigris, como lo habían sido el Rin y el Danubio; en una palabra, acabar al Oriente la obra de consolidación de las fronteras del imperio. Era la lógica del reinado de Trajano; mas para él, la guerra era, sobre todo, un ardiente deseo de gloria, y con razón se había hecho representar en su arco de triunfo sacrificando á Marte: era el dios á quien había servido mejor.

El motivo de la expedición fué un esfuerzo hecho por los Arsácidas para restablecer su influencia en la Armenia. Cosroes había hecho llegar á su sobrino Exedares al trono de este país, que los romanos querían conservar á lo menos bajo su influencia; y Trajano no había olvidado que en la corte de Tesifonte se habían oído con gusto las proposiciones del Decébalos para formar una vasta coalición que hubiera amenazado al imperio en Asia, mientras los dacios lo atacaban de frente en Europa.

El emperador pasó el invierno del año 113 en Atenas, adonde Cosroes, temeroso de lo que le amenazaba, le envió una humilde embajada, con ricos presentes, limitándose á pedir que el romano diera la investidura del reino de Armenia á otro de sus sobrinos, llamado Partamasiris. Trajano rechazó la embajada y sus presentes, diciendo que ya haría conocer su voluntad, cuando estuviera á orillas del Eufrates.

A principios de 114 llegaba á Antioquía, y para que todas sus capitales tuvieran trofeos de su guerra dácica, depositó en el templo de Júpiter *Kasios* ofrendas que Adriano celebró en versos griegos, que decían:

«A Júpiter *Kasios*, el Padre de los dioses, Trajano, el

hijo de Eneas y el señor de los hombres, hace esta ofrenda: dos copas ricamente cinceladas y un cuerno de uro guarnecido de oro, trofeos tomados á los soberbios getas, á quienes derribó con su invencible lanza. ¡Oh *Kasios* divino, asentado en las nubes y ceñido de rayos! concede la victoria al hijo de Eneas en la guerra Aqueménida y tendrás dobles despojos, los despojos de los Arsácidas al lado de los de los getas.»

Los acontecimientos militares de los años 114-117 nos son muy mal conocidos é incierta la cronología de la campaña pártica. Trajano tuvo que restablecer, ante todo, la disciplina de las legiones relajadas y sediciosas de las pro-



Trajano armado de coraza (1)

vincias orientales; en este empeño puso su severidad ordinaria, y todo se doblegó bajo aquella enérgica mano. Entró en campaña á mediados del estío y remontó por el valle del Eufrates hasta la Armenia Mayor.

En su primera carta había tomado Partamasiris el título de rey, y le fué devuelta sin contestación; en la segunda suprimió el título, pero pidió que se le enviara el gobernador de Capadocia para tratar. El emperador le intimó la orden de presentarse él mismo. El armenio vacilaba en confiarse á la buena fe romana; sin embargo avanzando siempre las legiones, vino al campamento, saludó al emperador sentado en su tribunal, con todo su ejército formado á su espalda, depuso á sus pies la corona que ceñía su frente y

(1) Estatua de mármol de Paros encontrada en Gabias. Museo del Louvre, Clarac, núm. 48. La coraza, en vez de la cabeza de Medusa, lleva la de un Tritón, en lo que se ha visto una alusión á las flotas romanas que Trajano envió al mar de las Indias.

en pie y en silencio, con la grave dignidad de los orientales, esperó que Trajano le permitiera recoger su diadema.

A vista de aquel Arsácide, de aquel rey sin corona que más bien les parece un cautivo, cunde inmensa grita en el ejército, como después de una victoria, proclamando *imperator* al triunfador general. Partamasiris cree haber caído en un lazo é intenta huir; mas cercado por todas partes, pide que el emperador le ahorre á lo menos la vergüenza de hablar en medio de aquella soldadesca, y se le conduce al pretorio. Pero el romano quiere saborear la humillación de un descendiente de los que llevan el título de rey de los reyes y nada se concluye en el pretorio.

Llevado otra vez Partamasiris en medio del campamento romano, tuvo que exponer allí su demanda. «Y sin embargo, exclamó con despecho, no me has vencido en la guerra, no me has hecho prisionero; he venido yo voluntariamente en la confianza de que me devolverías mi reino, como hizo Nerón con Tiridates.—La Armenia, contestó Trajano, pertenece á Roma y será regida por un gobernador romano.»

Algunos armenios y partos habían acompañado al prin-



Trajano poniendo el pie en la Armenia (1)



Trajano y Partamaspatés (2)

eipe al campamento. Trajano retuvo á los primeros como los que eran ya súbditos suyos, y dejó á Partamasiris que se llevara los otros, dándoles una escolta que debía impedir que se comunicaran con nadie.

Ignoramos los pormenores de lo que pasara entonces. Eutropio habla del asesinato del príncipe armenio, y en un fragmento encontrado en un palimpsesto un amigo de Marco Aurelio decía: «Difícil es disculpar á Trajano de la muerte de este rey. Sin duda pereció en el tumulto que él mismo había excitado; mas por honor de Roma, mejor hubiera sido que el suplicante se volviera sin daño que no sufrir un suplicio merecido» (3).

¿Pereció Partamasiris al intentar evadirse de la enemiga escolta que lo acompañaba, ó se supuso un ataque para tener ocasión de darle muerte?

He aquí lo que no se sabe. Pero es claro que si no cayó en el lazo á la partida, hubo de caer á la llegada. Tal manera de vencer á un rey no tenía nada de heroico, ni aun siquiera de noble, y dejó una mancha de sangre en las manos del emperador. Pero ni él ni nadie la vio entonces. Aquel rey estorbaba y se suprimió: la moral política de entonces no se espantaba por tan poco, y el amigo de Marco Aurelio acaso fuera el único que lo extrañara. Hasta se acuñó en Roma una medalla en que se representaba á Partama-

(1) ARMENIA ET MESOPOTAMIA IN POTESTATEM, P. R. REDACTAE S. C. (Gran bronce. Cohen, núm. 318).

(2) REX PARTHIS DATVS S. C. Trajano sentado, presenta á Partamaspatés la Partia arrojada (Gran bronce del Gabinete de Francia. Cohen, núm. 375).

(3) ... Meliore tamen Romanorum fama impune supplicis abisset, quam jure supplicium luisse. Es un fragmento de Fronton, el amigo de Marco Aurelio, *ap. Principia historiae*, pág. 209 de sus obras, edic. Naber, 1867.

siris sin corona y doblando la rodilla ante el tribunal de Trajano, con esta breve y desdenosa leyenda: *Rex Parthus*, sin el nombre siquiera de su reino.

Por su renombre y por la imponente masa de sus fuerzas, causaba Trajano tal espanto, que los pueblos y los reyes, del Eufrates al Cáucaso y del Euxino al Caspio, se sometieron sin combate. Dos siglos hacía que Roma soñaba en esta conquista, como quiera que ella le hubiera dado las llaves de una de las puertas de Asia, el Cáucaso, cuyos estrechos desfiladeros (4) se pueden hacer tan fácilmente impracticables, y le habría asegurado en la Armenia una fortaleza inexpugnable, que hubiera cubierto el Asia Menor y aun la Siria. Bien establecidos á la cabeza de los valles del Tigris y del Eufrates, hubieran hecho los romanos imposible todo ataque contra sus ricas provincias ó á lo menos muy peligroso para el asaltante.

Y en efecto, antes de alcanzar los dos pasos del río en Tapsaco y en Ceugma, adonde vienen á morir las últimas colinas del Aman, un ejército pártico hubiera tenido que contornear el pie de las montañas armenias, con el riesgo continuo de ser atacado de flanco. Más al Sur, el desierto es lo que defiende á la Siria, y la defendió bien hasta el día en que el fanatismo religioso hizo salir de aquellas soledades un enemigo inesperado.

Grandes intereses exigían pues la ocupación de la Armenia, y salvo el medio empleado, Trajano hizo bien en zanjar una cuestión que no habían podido resolver Pompeyo, César, Antonio ni Augusto, unos por falta de tiempo, otros por falta de habilidad ó decisión. Pero cuanto más importante era esta adquisición, tanto más necesario era asegurarla al imperio, dando á la nueva provincia una organización civil y militar que la hiciera pronto romana y empleando en esta obra de paciencia las fuerzas, los recursos y el tiempo que Trajano iba á perder en expediciones inútiles.

Pasó el invierno de 114 á 115 en Antioquía, que durante su permanencia, fué casi destruída por un terremoto. Muchas personas notables encontraron allí la muerte: el cónsul y Vergiliano Pedo fueron gravemente heridos, y el mismo Trajano estuvo á punto de perecer. Los paganos atribuyeron sin duda este desastre á la cólera de los dioses indignados de la impiedad cristiana, y San Ignacio, obispo de Antioquía, sufrió por entonces el martirio. Hemos visto en otro lugar que Trajano no vacilaba en considerar á los cristianos como rebeldes, y cuando hacían profesión pública de su fe, como rebeldes á quienes se debía castigar. Así, pues, en presencia de una multitud poseída de terror, no sentiría ningún escrúpulo en satisfacer de una vez á sus dioses, al populacho y á las detestables leyes del imperio.

En la primavera pasó el Eufrates, sin duda por Ceugma y fué á Edesa cuyo príncipe fué salvado por su hijo. De esta ciudad envió á través de la Mesopotamia una columna de vanguardia, conducida por Lusio Quieto, que tomó la plaza fuerte de Singara en favorable posición sobre el camino del desierto; tomó también luego á Nísibe, y como todos los jefes de esta región estaban en guerra entre sí ó en rebelión contra Cosroes, pudo llegar sin dificultad á orillas del Tigris, enfrente de Adiabena.

Allí fué donde Alejandro venció á Darío y conquistó el Asia, y Trajano se daba á seguir las huellas del héroe ma-

(4) El Cáucaso, cuya cima, el Elbruz, supera en más de 1,000 metros el monte Blanco, no tiene más que un paso practicable, el del *Dariel*, que alcanza en el Kreuzberg una altitud de más de 2,500 metros y es tan estrecho que en el paraje llamado *Puertas Caucásicas*, se suponía en otro tiempo que estaba cerrado por puertas de hierro. La cadena viene á caer á sus dos extremos, en el mar Caspio y en el mar Negro.

cedón, cuya fortuna esperaba. Tenía el Tigris en aquellos parajes un lecho amplio y profundo, y se necesitaba una flota para pasarlo y asegurar después las comunicaciones. Fué pues preciso emplear la otoñada en construir en los bosques de Nísibe, barcos que se desmontaban y se acarrearán á los puntos elegidos para el paso.

Asombrados de ver su río tan fácilmente vencido é inútil aquella barrera, no se resistieron ya los bárbaros á un vivo ataque, que dió á los romanos la orilla izquierda. Aunque este triunfo no valiera por la victoria de Arbella, abrió igualmente el camino de Babilonia, que los partos, debilitados por sus propias divisiones, no se atrevieron á cerrar.

Trajano entró con el sobrenombre de *Pártico*, que le dieron sus soldados, y sacrificó á los manes de Alejandro, en el palacio donde el héroe había expirado (116).

La opinión estaba deslumbrada por tan fáciles triunfos. Todos los días sabía el senado que nuevos pueblos se habían sometido á su poder; que algunos reyes se resignaban á tener de él su corona, y que países que llevaban los famosos nombres de Armenia, de Mesopotamia y de Asiria, recordando los no menos famosos de Nino, de Semíramis, de Jerjes y Alejandro, eran súbditos de su imperio.

Con la pueril ligereza de un joven victorioso, se precipitaba Trajano á declarar unidas para siempre al dominio



Trajano en un carro arrastrado por diez caballos (De una moneda).

del pueblo romano las regiones que atravesaba su ejército. La Armenia formaba ya una provincia y él hizo de ella dos: la de Mesopotamia, entre el Tigris y el Eufrates, al pie de las montañas armenias; y la de Asiria, comprendiendo el valle oriental del Tigris hasta la cadena del Zagros, que la separa de la Media.

Al mismo tiempo se acababan de hacer grandes preparativos: toda una flota, conducida por el Eufrates, era arrastrada al Tigris á través del istmo que se extiende entre los dos ríos para atacar á Tesifonte. Los partos no defendieron mejor su capital que sus provincias. Cosroes ó su sucesor huyó al fondo de la Media; la hija del rey y su trono de oro macizo, cayeron en poder del vencedor en Susa, y Seleucia, la antigua capital griega, abrió sus puertas.

Dueño de las principales plazas de Babilonia, descendió Trajano el río con su flota, recibiendo á su paso la sumisión de los jefes ribereños y llegó hasta el golfo Pérsico, donde viendo un navío que partía para la India, exclamó: «¡Que no fuera yo más joven para dar á Roma por fronteras los límites del imperio de Alejandro!»

Y la ciudad eterna, confiada como su príncipe, acuñaba medallas representando á la Armenia derribada á los pies del emperador, ó dos partos sentados en el suelo teniendo delante un carcax vacío y un arco flojo.

Pero aquellos partos iban á levantarse, el carcax á llenarse, el arco á disparar la muerte, y el victorioso emperador

oirá desde su campamento el agudo silbar de las flechas que creía él haber ya roto.

Ya en efecto cundía la defección á su espalda: Seleucia se había sublevado y la insurrección de las ciudades del Norte de la Mesopotamia, por donde el ejército romano había penetrado en la Asiria, amenazaba encerrar á los romanos en el desierto. Era pues de temer que la expedición acabara como la de Craso. Pero los generales de Trajano dieron algunos golpes vigorosos: Nísibe volvió á entregarse, y tomadas al asalto Edesa y Seleucia, fueron pasto de las llamas.

Estos hechos sirvieron á lo menos para ocultar bajo apariencias de victorias una retirada necesaria: hasta se decidió Trajano para contener tan peligrosos movimientos, á restaurar la monarquía pártica que había creído conveniente suprimir. De regreso á Tesifonte, ciñó, en presencia del pueblo y de su ejército, la corona del rey de los reyes á la frente de un Arsácide de nombre Partamaspatés, y luego, por el camino más corto, volvió á la Siria. Detenido en un desierto sin agua ni forrajes, ante la pequeña plaza de Atra, quiso tomarla á viva fuerza y fué rechazado. Un legado y muchos legionarios hubieron de perecer en la demanda y algunos hombres de su escolta cayeron muertos á su lado. «El victorioso emperador, que volvía á Roma á sancionar su triunfo sobre tantas naciones, señalaba su camino con la sangre y los cadáveres de sus soldados.»

Las fatigas, la pesadumbre, acaso también alguna enfermedad, contraída, como la de Alejandro, en las pantanosas y malsanas llanuras de Babilonia, quebrantaron su robusta constitución. Llegó sin embargo á Antioquía, donde se dispidió de su ejército; pero no pudo pasar de Selinonte en Cilicia, donde murió el 10 de agosto del año 117.

Dejaba en el seno del Oriente el rescoldo de un futuro y formidable incendio; y muy luego estalló en Chipre y en Cirene una tremenda sublevación de judíos, cuya señal hubieron de dar, al parecer, sus correligionarios de la Mesopotamia (1); y sucesivamente fueron volviendo las recientes conquistas á sus antiguos dueños.

Una vez más, como en tiempo de Craso y de Antonio, se convencía el imperio romano de la imposibilidad de extenderse más allá del Eufrates y de aquella línea de desiertos que separa dos mundos. El mismo Occidente estaba agitado á lo menos en sus extremos. Los mauritanos fatigaban el África con sus incursiones: los bretones se removían en su isla y los sármatas amenazaban las provincias del Danubio.

He ahí en qué estado dejaba Trajano el imperio. Y la historia juzga de los reinados por sus resultados, como del árbol se juzga por su fruto.

Había querido renovar la política conquistadora de la república y de César, política que habían abandonado Augusto y sus sucesores. ¿Hizo bien? Sí y no: sí, en cuanto á la expedición de la Armenia y la conquista del país de los dacios; no, en cuanto á las de Babilonia y Tesifonte. Muchas veces hemos expuesto las razones que debían detener en el curso superior del Eufrates y del Tigris la frontera del imperio. Ir más lejos de esta línea era ir contra

la naturaleza de las cosas, que es la mayor de las fuerzas.

No era ya lo mismo en el Danubio. Trajano á quien importaba mucho despertar el espíritu militar de los romanos, hizo bien en conquistar el país de los dacios; pero hubiera debido acabar esta grande empresa, clavando sus victoriosas águilas á la otra parte del Teis y en Bohemia.

Entonces el imperio hubiera encerrado en sus fronteras todo el valle del Danubio y poseído la cadena de montañas que se extiende casi sin interrupción desde las cercanías de Maguncia hasta las costas del mar Negro, por el Tauno, ya fortificado, por los montes de Franconia, de Bohemia, de Moravia y los Cárpatos.

Dueño ya de esta gran línea de defensa, replegando sus fuerzas en las provincias situadas en la parte posterior, multiplicando en ellas con cálculo estratégico los puestos militares y las colonias de veteranos y desarrollando al otro lado de los montes la vida romana con las relaciones del comercio y el contagio moral del ejemplo, hubiera resistido más tiempo el imperio los asaltos y agresiones de la barbarie.

Pero estas ventajas no hubieran hecho ruido y Trajano quería la gloria tempestuosa de la conquista, siquiera efímera; quería capitales páticas y una expedición émula, competidora, rival de la de Alejandro.

Terminemos, sin embargo, la historia de este gran reinado con el voto que, después de Trajano, formulaba siempre el senado al advenimiento de un nuevo emperador: «¡Pluguiera á los dioses que fueras más feliz que Augusto y mejor que Trajano!» La Edad media recogió este pensamiento y Dante puso á Trajano en su Paraíso.

CAPÍTULO LXXX

ADRIANO (117-138).

I.—COMIENZOS DEL REINADO.—FORTIFICACIÓN DE LAS FRONTERAS.

Primo y pupilo de Trajano (2) Adriano fué educado con esmero, según el mejor sistema de educación del tiempo, acaso en Atenas, donde se apasionó tanto por la literatura de este país, que se llamaba el *Gréculo*. Aun se cree que tuvo á Plutarco por maestro. De espíritu curioso, quiso conocerlo todo: la medicina y la aritmética, la geometría y la música, la astrología judiciaria y los misterios de las iniciaciones religiosas. Estudió todas las filosofías, inclusa la de Epicteto, de la que gustaba, sin seguir por eso sus consejos; hizo cuadros y estatuas, versos y prosa; pero es probable que su pintura corriera parejas con su poesía, de que quedan algunas muestras. Estos variados estudios no le habían dado en las letras un juicio sano: prefería Antímaco á Homero, Catón á Cicerón, Ennio á Virgilio, bien que consultara como oráculo seguro las *suertes virgí-*

(1) Bien puede colegirse de un diploma militar de Domiciano que ya bajo su reinado había habido fermentación en la Palestina, puesto que en el año 86 envió tropas á aquella región y retuvo también sobre las armas á los veteranos.

(2) Publio Elio Adriano. Su familia originaria del Piceno era de Itálica en España, pero él había nacido en Roma el 24 de enero del 76: su madre era de Cádiz y su abuelo Marcelino había sido el primero de su casa que llevara la laticlavia senatorial. Las inscripciones dan siempre *Hadrianus*.

lianas, y se pudiera temer que teniendo un gusto falso en literatura, no tuviera mayor acierto en política, si no se supiera que los grandes escritores son con frecuencia pobres hombres de Estado, y que Richelieu ponía á Chapelain por encima de Corneille.

Todos le echan en cara, aunque sin dar pruebas suficientes, su vanidad y celos respecto de los hombres superiores, defectos con que un príncipe no hace nada bueno, y ya nos convenceremos de cómo Adriano hizo grandes cosas. Lo más seguro es que aquel literato de dudoso gusto poseía todas las cualidades militares que un príncipe puede utilizar en la paz, porque como emperador no tuvo que mostrarlas en la guerra; y gobernó bien, como quiera que el imperio le debió veintidós años de prosperidad.

Era Adriano hombre muy gentil de su persona y sobre esto inteligente y afable. Como Francisco I, inició él la moda de dejarse crecer la barba para ocultar cicatrices que tenía en la cara. Así, cuando en la galería de los bustos de los emperadores, se estudia esa fisonomía original que parece no pertenecer á la raza de los Césares, se espera encontrar en su reinado una historia extraña ó nueva. Su cabeza inclinada como para escuchar mejor, sus ojos de mármol, cuya mirada es aun tan penetrante, sus labios entreabiertos que parecen respirar la vida, revelan al hombre que no quería que se sustrajera nada á su vigilancia ó á su curiosidad. Los contemporáneos sintieron ante él la

misma impresión que nosotros; y para exponer sus doctrinas nósticas, que penetraban entonces en muchos espíritus y en todos los cultos, el autor desconocido de un libro famoso mucho tiempo en Oriente (las *Sentencias de Secundo*) imaginó un coloquio entre el príncipe que deseaba saberlo todo, y el filósofo que pretendía todo revelarlo.



Matidia (Busto del Capitolio)

Obtuvo uno á uno los grados de la jerarquía: fué vigintiviro, tribuno legionario, cuestor (101), cargo que le abría el senado, tribuno del pueblo, pretor, legado legionario, en fin, cónsul, algunos meses antes de la edad legal (1). Siguió á Trajano en todas sus expediciones y se mostró duro en la fatiga y bravo en el peligro; pero además intrépido en la mesa, lo cual era otra manera de hacer la corte al príncipe. Encargado del mando de las legiones de Panonia, impuso á los sármatas el respeto de su nombre, á los soldados el de la disciplina, y la moderación á los agentes del fisco.

Trajano le había hecho casarse con Sabina, hija de Matidia y nieta de su hermana Marciana, casamiento que acercaba aun más al poder á su pupilo, que venía á ser así sobrino suyo.

Después de algunos combates felices en la segunda guerra dálica, le envió el anillo de diamantes, que él mismo había recibido de Nerva en el momento de su adopción, y lo puso en estado de hacer honor á los cargos que le había conferido: sus liberalidades, por ejemplo, permitieron á Adriano dar al pueblo, durante su pretura, fiestas y juegos magníficos. Finalmente confiando en su talento de escritor, como en su habilidad política, lo encargó de redactar los discursos imperiales pronunciados ante el senado, y que Licinio Sura había compuesto hasta entonces. Estos favores eran más que promesas; y el segundo consulado y el gobierno de Siria fortalecieron las esperanzas de Adriano, que además contaba con la emperatriz, cuyo afecto ayudó

(1) Era el *cursum honorum* ordinario. La lista de sus títulos es más completa en la inscripción del C. I. L., tomo III, núm. 550, encontrada en Atenas, en el teatro de Baco. Mommsen propone los datos siguientes: para el tribunado, 105; para la pretura, probablemente 107; para la legación de Panonia Inferior, 108. Su primer consulado ha podido fijarse por medio de un diploma militar recién descubierto, en el año 108, es decir cuando Adriano apenas tenía treinta y dos años, y se necesitaban treinta y tres para estar dentro de la regla. Trajano tenía treinta y ocho cuando recibió las fasces.

mucho á su fortuna y la decidió en el último momento.

Se pretendía que Plotina había arrancado al emperador moribundo la adopción de su sobrino; otros hasta creían que jamás se había hecho semejante adopción, y el padre del historiador Dion Casio, que fué gobernador de Cilicia en el reinado de Marco Aurelio, refería á su hijo que las cartas dirigidas por Plotina al senado para hacerle saber la elección del nuevo príncipe eran supuestas. Un hombre, se decía, colocado en el lecho de Trajano, había declarado con voz moribunda en medio de la oscuridad que adoptaba á Adriano por hijo y por sucesor.

Los pobres espíritus con quienes hemos de entendernos ahora para informarnos de la historia de aquel tiempo gustan de buscar en cosas pequeñas la causa de los grandes acontecimientos, que de ordinario no se encuentran en ellas. Así, aquel gobernador que sabía tanto de una intriga necesariamente muy secreta, me parece haber recogido, medio siglo después del suceso, en las murmuraciones de alguna provincia lejana, un cuento hecho para los amigos de las aventuras maravillosas.

Pero esta narración, como tantas otras que se hicieron cundir por un sistema de maledicencia, cuyos motivos apreciamos, no puede prevalecer contra la verosimilitud. Trajano debió legar el imperio al que en sus conversaciones íntimas designaba por sucesor suyo: habíase franqueado al confidente de todos sus pensamientos, á Licinio Sura, que repitió la confidencia, y para facilitar á su sobrino la sucesión al principado, hubo de retirar su gracia á los que habrían podido hacerle estorbo, entre otros, á dos senadores, Palma y Celso, que muy pronto conspirarán contra el nuevo emperador.

Desde la muerte de Sura, era Adriano el hombre del imperio que tenía más de cerca á Trajano por los lazos de la sangre, por los honores de que se le había investido y



Marciana (Busto del Capitolio)

por los poderes que se le acababan de conferir con el mando del ejército más numeroso y de la provincia más importante. Elegir otro sucesor, después de haber despertado tantas esperanzas y puesto tantas fuerzas en manos del interesado, hubiera sido decidir la guerra civil, y no se tiene el derecho de imputar esta falta á Trajano.

Si el acto de adopción escrito en Selinonte no se hizo